

tarse inquieto cómo librarse de la endemia que afecta a su época, inquietud que encierra el peligro de pasar al otro extremo, a esa especie de "ascetismo" del estilo, del que más de una vez acusamos sus amigos y admiradores al autor de la Antología que comento.

Aludí arriba al homenaje que sus colegas han rendido a d'Halmar. A la lista de los mejores debemos agregar hoy el que, de hecho, con su Antología, le hace el crítico argentino, estudioso serio y nada contentadizo. Luego, la edición del libro es de las mejores, con una muy pulcra presentación exterior y sólo observaría un detalle: todos los que no conocimos a d'Halmar, oímos hablar, sin excepción, de su prestancia física general y facial. El mismo Espinoza dice: "... el hechizo de su voz y su hermoso porte varonil..." y "... algún día se levantará la hermosa testa del autor de Juana Lucero en el Parque...". Bien, el rostro que aparece en la portada no refleja belleza ninguna y francamente nos defrauda. ¿Por qué? Cuando, en ciertos casos, la belleza o la fealdad juegan papel determinante en la vida y la obra —sí, la obra— de un artista, no parece justo desestimarlas, en particular respecto de las nuevas generaciones. El ser es el todo y cuanto más autenticidad abarque el estudio de ese todo más cerca de él nos permitirá llegar.

MARÍA CAROLINA GEEL

<https://doi.org/10.29393/At403-15ZBCM10015>

El Zorro en la Bohardilla, de RICHARD HUGHES. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1963

Existen ciertas fechas de nuestro siglo, cuya sola mención es capaz de evocar una circunstancia de tipo histórico. Por el orden de sus cifras, una carga de sentido, menudo trágico, se nos viene a la mente. Es el caso cuando decimos 1914 ó 1939: el poder evocador que poseen aquellas fechas, nos permiten hacernos entender sin esfuerzo. En cambio, si decimos '1923', el común de las personas da muestras de hallarse ante una cifra anodina, desprovista del significado implícito que acabamos de señalar. Sin embargo, luego de leer la magnífica novela de Richard Hughes, *El Zorro en la Bohardilla*, nos damos cuenta, de una vez para siempre, que '1923' está muy lejos de ser una cifra anodina. Sabemos, por ejemplo, que en noviembre de ese año, al comenzar el crudo invierno bávaro, se inició, para mal de Europa y del mundo, un nuevo capítulo de la historia de Alemania. En la ciudad más importante del antiguo reino de los Wittelsbach, un grupo de hombres intentó derrocar el gobierno constituido; fue la asonada que pasó a llamarse el "putsch de Munich", dirigida por un individuo de mediana estatura, vestido con una ridícula levita, cuya cola casi le llegaba a los talones, cuello blanco y duro de funcionario, y sempiternamente envuelto en un sucio impermeable gris; un hombre que presentaba un aspecto más bien de burócrata empobrecido o de mozo de café de regreso a su casa, que de instigador de un movimiento subversivo dispuesto a todo. Este personaje, cuyo físico estaba desmintiendo las teorías raciales que años después iba a predicar con tanto convencimiento, se llamaba Adolf Hitler, era natural de Austria y se decía artista pintor.

En torno a este noviembre de 1923, Richard Hughes arma la parte más interesante de su novela; combina personajes reales con ficticios, y les hace participar de los mismos hechos históricos. Allá están Ludendorff, estratega durante la Primera Guerra, pero a quien en adelante la cabeza sólo le sirvió para sostener la gorra; Goering, menos alimentado que cuando llegó a éstas en el poder, y Alfred Rosenberg, periodista de tercer orden y forjador teórico del partido nazi. Hughes describe, asimismo, al poeta socialista Ernst Toller y al hebreo Kurt Eisner, con su facha de "profesor de piano en decadencia", protagonistas ambos de los Días Rojos de Munich al término de la guerra. Y muy cerca de ellos, se hallan los personajes ficticios, ignorando en cierto modo lo que acontecía y casi sin vislumbrar la trascendencia de aquellos sucesos. Representan la Europa de entreguerras (1919-1939): los von Kessen, aristócratas bávaros que reciben la visita de un pariente inglés, el joven Augustine, romántico e indeciso, siempre desconcertado por el proceder del pueblo alemán —su primo hermano de raza— que veía ser, al mismo tiempo, orgulloso y cortés, cruel y sentimental, implacable y complaciente. Al leer *El Zorro en la Bohardilla*, no dejamos de pensar en Evelyn Waugh, Christopher Isherwood o Aldous Huxley, escritores que supieron dar una acertada visión de lo que fue el período de entreguerras. Augustine, el protagonista, encarna al hombre que, debido a su juventud, alcanzó a salvarse del holocausto de una guerra para ser sacrificado en la que vino a continuación; como él, millares de muchachos vivieron un breve respiro de veinte años que fue tan sólo un prepararse a morir, no con un "golpe seco", sino con un "prolongado lamento".

En la vida real, las bohardillas y los desvanes de las casas son usados para depositar aquellos objetos inservibles, rotos o viejos, a los que el sentimentalismo familiar niega el destino adecuado. En las novelas, en cambio, la bohardilla suele tener un uso diverso, a veces un tanto siniestro. Como que es la dependencia más distante y aislada de la casa, y de acceso más difícil, algunos autores de gusto truculento la emplean para que sus personajes escondan algún secreto vergonzoso e indigno del patrimonio familiar: una criatura o un objeto que es necesario sustraer de la vista de los extraños. En *El Zorro en la Bohardilla*, los desvanes desempeñan un oficio similar, pero aquí el novelista inglés quiso darle al cuarto destinado a los objetos inútiles una calidad casi simbólica. La bohardilla viene a ser como el "inconsciente" en el cuerpo total de una casa. En uno de los desvanes del castillo de los von Kessen se esconde una figura que podría considerarse como el deseo oculto de aquellos aristócratas derrotados quienes, juntos a toda una nación, no terminan de aceptar esa derrota. La figura se llama Wolff; es un nazi *avant la lettre*, un fanático nacionalista que no quiso aceptar la realidad de una Alemania vencida y tuvo que esconderse por crímenes políticos. Este hombre se ha asignado a sí mismo el papel de vengador de la patria humillada, de depurador de la conciencia alemana. Sin embargo, su extravío mental dará a sus actos un carácter insensato y estéril; incapaz ya de actuar, decide volver el arma de su venganza contra su propia vida. Pues bien, aunque nadie en el castillo está informado de la presencia de esta figura —salvo aquel que le dio

refugio—, todos parecen recibir el influjo espiritual de ella; cada uno de los von Kessen se plantea el drama de la patria y sopesa la mejor solución: en el inconsciente de ellos comienza a tomar forma la imagen de una nueva Alemania surgida de las cenizas de la derrota. Esta nueva Alemania, fuerte y orgullosa, no sólo está —en 1923— en el corazón de una camarilla de fanáticos o de militares de monóculo, sino en el inconsciente del pueblo alemán.

Pero, en aquel noviembre de 1923 —mientras el nacionalista demente se ahorca en la bohardilla de los von Kessen—, Hitler y sus adeptos son dispersados en la plaza de Munich por la policía; el 'putsch' es un fracaso y el hombre del impermeable sucio debe esconderse durante 48 horas en la bohardilla de una casa de campo, convirtiéndose en otro zorro. Al igual que el infeliz de Wolff, rumia su venganza en el delirio de su Yo hipertrofiado. Un zorro prefigura al otro; uno se suicida, el segundo es apresado y condenado a unos meses de cárcel, donde tendrá ocasión de escribir un libro y de organizar esas ideas que en Wolff se habían presentado como fuerzas ciegas.

En la bohardilla de dos casas —el oscuro inconsciente de Alemania—, dos hombres proyectaron, en pleno delirio demencial, un Nuevo Orden que se derrumbaría veintidós años más tarde.

CARLOS MORAND

Los adolescentes en la obra narrativa de Aldous Huxley, de
CARLOS MORAND. Editorial Universitaria. Santiago, 1963

El Centro de Literatura Comparada de la Universidad de Chile nos ha entregado este ensayo de Carlos Morand, joven cuentista, que hace sus primeras armas en el difícil y espinudo campo de la investigación literaria.

La presente obra es atrayente por tres aspectos: el tema mismo, asunto siempre nuevo y siempre viejo, asunto nuevo y sugestivo, pues todos, quien más quien menos, sentimos en carne propia las inquietudes de una época tal vez ya lejana, pero cuyas huellas están ahí al rojo vivo.

En segundo término, el ensayo de Morand se lee con interés por la personalidad de Aldous Huxley, novelista penetrante, audaz, satírico y violentamente mordaz para con su generación. Huxley no es escritor de medias tintas; va derecho al meollo del asunto y si el lector se encandaliza, tanto mejor para él. Más que la trama misma tiene ante sus ojos, la intención, que por cierto no la disimula y por eso no teme escribir párrafos tan candentes como éste, salpicado de pintoresca malicia y de humorismo inglés:

“Un poco de risa cruel limpia la atmósfera como ninguna otra cosa. Es bueno para nosotros el ver, de cuando en cuando, nuestros ideales ridiculizados y nuestro concepto de lo que es noble, reducido a la caricatura; es bueno que alguien le tire la nariz a lo solemne; es bueno que la necia presunción humana sea puesta en ridículo y que su vileza sea mostrada”...